

Bitácora de un marino: Lo que el viento me dejó (Bitácora de viaje).

MILÁN MARINOVIC PINO

Doctor en Sociología y Ciencias Políticas, Universidad Pontificia de Salamanca, España. Universidad de Valparaíso, Chile

ORCID: 0000-0002-2275-0027

Mail contacto: milan.marinovic@uv.cl

Universidad de Valparaíso

Facultad de Arquitectura

Revista Márgenes

Archivos, Colecciones,
Colectivos y Museos

Bitácora de un marino:
Lo que el viento me dejó
(Bitácora de viaje).

2025. Vol 18. Nº 29

Páginas: 279-291

Junio 1967: PRIMERA DESTINACIÓN A BORDO

“COLA DE LEÓN O CABEZA DE RATÓN”

Como subtenientes recién ascendidos esperábamos ansiosos la orden de transbordo (OT) que nos ofrecía dos posibilidades de embarque: ser destinados a la Escuadra embarcados en un crucero, que por ser los oficiales más motes (de menor antigüedad) se les decía “Zapatilla Escuadra” por las múltiples funciones que debían cumplir como Cola de León (en la escala de mando). O bien ser destinados a un buque independiente, con estación en Zonas Navales, valorados por su autonomía como oficiales de cargo en unidades menores (escampavías, corbetas, torpederas o barcasas). Se les conoce como “Cabeza de Ratón” por su autonomía en la toma de decisiones en ejercicio del mando.

CAMBIANDO MI DESTINO

Mi transbordo inicial era a Puerto Montt, en la escampavía “Odger”. Como magallánico y natalino (primer marino de mi pueblo), quería volver a la Tercera Zona Naval con base en Punta Arenas, ciudad vecina de mi pueblo, Puerto Natales, lugar de incubación del mundo mágico de mi niñez que creció conmigo, cuando encaramado en el trencito del Frigorífico Bories, me colgaba de sus vagones. Fui ovejero, monaguillo, pescador y lobero, patiné en hielo, navegué en cúter por los canales fueguinos, entre tantas otras aventuras.

Con el gringo Morán (compañero de curso), que también estaba destinado a la zona austral, pero con sede en Magallanes, vimos la conveniencia de hacer una permuta “poniéndole caña» (ayudando a caer) a nuestro primer destino. La Dirección General del Personal (DGPA) aceptó nuestra solicitud de permutar el transbordo que ambos teníamos a la Zona Sur. ¡Volvía a mi tierra natal como oficial de Marina!

En el mismo mensaje me ordenaban embarcar como «Oficial en Tránsito” en el petrolero “Araucano”, que viajaba a Punta Arenas. A las 16:00 horas debía presentarme a bordo del buque que, fondeado a la gira, esperaba zarpe.

<https://doi.org/10.22370/margenes.2025.18.29.5371>

PRIMER EMBARQUE

Con un cosquilleo en mi estómago, un saco de loneta verde con candado y en tenida caqui, luciendo orgulloso un galón (fideo) de subteniente, llegué al Muelle Prat, punto de salida para tomar la embarcación (motor) del “Araucano”, que me llevaría a mi destino.

UNA MIRADA MÁGICA DESDE EL MIRADOR DEL PUERTO

Como en El mago de Oz, en mi quimera de un sueño infantil, desde el Mirador del Paseo 21 de Mayo del Cerro Artillería de la Escuela Naval, escuchaba el lenguaje del puerto, imaginando la Ciudad Mágica que el cuento deslumbraba en colores.

VALPARAÍSO

Sintonía de ilusiones, entramado de bares, de esperanzas y de amores. Conjunción viajera de tráfugas errantes con sueños de aventuras, vagabundos, transeúntes, bohemia y marineros...

Grandes bajeles y pequeños pesqueros con sus anclas a la pendura, que transitan, recalán y fondean a la espera.

Sinfonía de hélices, con trasvasijos de carga y movimientos de grúas gigantes que transitan en rieles.

Mezcla de olores de cabos de manila, con estopas de cubierta y alquitranes de muelles.

Baldeos de mar con graznidos de gaviotas y pescadores en redes...

¡Cuántas veces, desde la Escuela Naval, encaramado en sus ventanas, había contemplado con ansias este “escenario mágico marino”! ¡Cuántas noches, en mi litera, imaginaba, impaciente, el día del zarpe de mis sueños aventureros! ¡Y ese día era hoy!

EL EMBARQUE

—¡Motor del “Araucano” a bordo!—, se escucha el llamado de embarque y cual alfombra de Aladino salto a bordo y comienzo la travesía en pos de mi aventura.

A lo lejos se divisa el petrolero “Araucano” fondeado a la gira, esperando con su portalón abierto (escala de embarque) a los pasajeros del buque. Una escalera con cubrepiso de cobre reluciente y una plataforma de enjaretado de madera armado en cuadraditos, como un ajedrez de llenos y vacíos, escala real que deja entrever, en sus intersticios, el agua de espumas que, en burbujas apretujadas, revientan por cercanía al casco en su costado en el atraque de las embarcaciones.

De pie, en equilibrio con el vaivén de la embarcación y en la cresta de una ola, de un salto me encaramo en la plataforma de la escala real, mientras arriba, en el portalón del buque, el Oficial de Guardia, con prismáticos, vigilante, y un mensajero en zapatillas blancas y con su rabiza, me esperan.

—¡Bienvenido a bordo! Con la mano a la visera responde a mi saludo el oficial de guardia, ordenando al mensajero que me guíe al camarote. Chequeando mi nombre en la lista de pasajeros, me informa que, en la travesía, cubriré puesto de guardia en el cuarto de 04:00 a 08:00 como oficial ayudante del segundo comandante. ¡Era mi primera guardia como oficial embarcado!

—¡Alea lacta Est! (la suerte está echada), me dije para mis adentros mientras subía a la Cámara de Oficiales, pasando por varias cubiertas, abriendo y cerrando puertas metálicas y transitando por pasillos con olor a buque y ruido de motores de ventiladores.

PRIMERA GUARDIA COMO OFICIAL DE PUENTE

Ya instalado en mi litera en el camarote de pasajeros, esperando ansioso mi primera guardia, me anoto diana con «resguardo marino» (media hora antes) y al salir a cubierta, aún oscurecido, siento el viento helado con olor a mar que terminó por despertarme. El aire marino gatillaba en mí el recuerdo de mis guardias de amanecida en el buque escuela.

—¡Permiso para entrar al puente!, exclamo con voz firme y mirada atenta.

—»Entre», escucho una voz ronca entremezclada con el viento nocturno que silba en el castillo de proa. Era la voz del oficial saliente, a la vez que me llegaba el calor del puente con un aroma de café y humo de cigarrillos, un ambiente parecido a un bar del puerto.

Como «Oficial Ayudante del Segundo» me preparaba para recibir mi primera guardia, revisando en la bitácora el rumbo, velocidad, distancia a costa, la meteorología, contactos por radar, avistamientos, etc. ¡Todo chequeado! Me sentía listo para rendir mi examen y dar las novedades al Segundo.

A las 03:50 horas escucho la voz del mensajero que anuncia (como a un juez en un tribunal): —¡Segundo comandante en el puente!

Salto de inmediato y me presento:

—¡Sin novedad, mi comandante! Buque navegando a rumbo—, dije con voz firme, enumerando toda la información y datos de interés que, reunidos, garantizaban una navegación segura.

El comandante, con una mirada inquisitiva y entrecejo fruncido, mirándome a los ojos, me preguntó:

—¿Revisó si las luces de navegación estaban encendidas, TENIENTE? (resaltando con su tono de voz mi responsabilidad en el mando). Confuso y sorprendido por la ingenuidad de la pregunta (que daba por hecho) respondo titubeante:

—No, mi comandante.

Con la misma voz y expresión ante mi falta, mirándome a los ojos, con cara de “haberme pillado en falta”, me preguntó:

—¿Qué pasaría si viene un buque con rumbo de colisión y no lo ve por navegar obscurecido, TENIENTE? (de nuevo ese tono de voz). Levantando su cabeza acusadora mirando el reloj del puente, con voz histriónica exclamó:

—¡¡Sumario, mi teniente!! ¡¡Ordeno sumario!! ¡¡Y yo seré el fiscal, haré las preguntas y también responderé y haré los descargos como acusado!! (¿como el Motín del Caine?, me pregunto).

Las cuatro horas de mi guardia fueron angustiantes y las pasé escuchando al comandante como Acusador, representando una parodia, y respondiendo como Acusado ante todos los posibles eventos de desastres y consecuencias, producto de la irresponsabilidad de mi actuar como oficial de puente.

Más tarde me enteré del sobrenombre que los oficiales afectuosamente daban a su segundo comandante, de pelo canoso, mirada inquieta, siempre proactivo, ingenioso y sonriente: «El Loco Germain».

PRESENTACIÓN AL MANDO (EN PALACIO)

Con tenida de parada (azul marino, guantes y espada) y zapatos brillantes como espejo ingreso al imponente edificio de la Comandancia en Jefe de la Tercera Zona Naval, en la ciudad de Punta Arenas.

El ayudante de órdenes del almirante, con tenida de paño azul impecable y una piocha de submarino reluciente en su pecho, que indica el orgullo de su especialidad de Oficial Submarinista, me saluda afable y luego de observar por una mirilla de la puerta de la oficina del comandante en jefe de la zona, me dice: Pase, el señor almirante lo espera.

El oficial submarinista que me recibió era el teniente 1° Mario Morales, apodado “El Nene” por su pinta atlética de boxeador, bonachón y carácter afable.

UNA REGRESIÓN AL FUTURO

Fue el «Nene” Morales, seis años después, como comandante del submarino “Simpson”, el oficial que me recibió cuando fui bautizado como «chaquecuero»: Oficial submarinista.

También fue en su hogar, cuando junto a Anamaría, su esposa, celebró, con una torta, mi «primer mes de pololeo» como oficial soltero rezagado (29 años), con la colegiala Rosa María, hoy esposa, madre y abuela de seis nietos, y compañera connavegante de 48 años de aventuras.

También quiso el destino que fuera él quien dispuso que, como submarinista, concurreniera a Rancagua para presidir, a nombre de la Armada de Chile, la ceremonia del homenaje que el pueblo de Machalí haría el 21 de mayo de 1978, con un busto del héroe Arturo Prat, ceremonia que quedó inconclusa y que, cuatro años más tarde, el 21 de mayo en 1982, como capitán de corbeta y dos muletas, pude

concluir, después del accidente que sufrí por el choque frontal de un bus que, por adelantar, me colisionó.

Mi estadia como oficial adjunto a la Misión Naval en Washington con permanencia en el Bethesda Hospital de la US Navy para las múltiples operaciones que debieron practicarme, me dio la oportunidad, ya en la rehabilitación, de realizar estudios en dos universidades, lo que me transformó en el primer sociólogo militar en Latinoamérica.

CONTINUO CON LA PRESENTACION AL MANDO

La oficina, cubierta de madera con muebles relucientes de caoba y tapices de cuero con placas de bronce y escudos de buques y banderas, da solemnidad y realce a mi primera presentación como oficial subalterno dependiente de un mando.

—Teniente Marinovic se presenta, señor almirante.

El almirante Hugo Tirado, de casi dos metros de altura, con anteojos de marco oscuro y piocha de submarinista reluciente, me saluda con voz ronca y un dejo paternal que trata de disimular (padre de tres hijas buenas mozas y solteras), me ofrece asiento y pregunta si soy de la zona. Luego, con actitud solemne, me indicó:

—Joven, usted ha sido destinado como segundo comandante de la barcaza “Díaz”, con asiento en Puerto Williams, y su buque zarpa este domingo a las 17:00 horas. Preséntese a su mando.

DOS DETALLES

1. Me llamó la atención que un marino tan alto luzca en su pecho una piocha de submarinista, al igual que la de su oficial ayudante de órdenes.

2. En mi memoria de nombres de buques resonaban Thomson, Simpson, Cochrane, Williams, todos ingleses, pero «Díaz» no me sonaba para nada.

RECOGIDA A BORDO

En el trayecto al muelle de mi ciudad, tengo viva la imagen del mundo mágico de mi juventud y el viento magallánico me recuerda las veces que entré al muelle del puerto.

La primera vez lo hice muy emocionado en compañía del comandante del legendario buque de transporte «Micalvi», capitán de corbeta —también submarinista— Otto Niemann (amigo de juventud de mi madre en sus vacaciones iquiqueñas), quien aceptó recomendar mi postulación y me invitó a conocer su buque.

Llevaba en sus manos un Prospecto de Admisión a la Escuela Naval, que contenía los formularios para postular a ser cadete naval y los sueños de mis dieciséis años.

Esta vez, de subteniente (con 24 años) y habiendo cumplido mi viaje de instrucción en el Buque Escuela “Esmeralda”, volvía al mismo muelle magallánico de mi juventud.

Media hora antes del zarpe (con resguardo marinero), casi caigo en pánico al ver que no había buque alguno. No había actividad en el puerto. Solo grúas detenidas por

ser domingo. Con cara de angustia pregunté al marino de guardia que vigila la entrada:

—¿Ya zarpó la Barcaza “Díaz”?

—No, mi teniente—, me dice, sorprendido por mi pregunta. Su barcaza está atracada allí abajo.

Me acerco al borde del muelle y veo una barcaza como «batea gris», con vacas mugiendo a bordo y un cabo de guardia en jersey de lana y con coipa. En la cubierta se escucha música ranchera y los «mensajes al campo» que, a diario, transmite la Radio Polar.

A su lado, un perro lobero de dotación del buque, con sus orejas en alerta, lo acompaña en su guardia. ¡Era mi buque: la barcaza LCU “Díaz”!

Lo saludé sorprendido y le comenté: —Soy el segundo comandante de esta barcaza—, recalcando que era un buque de la Armada de Chile. (Para mis adentros pensaba: desde mañana usaremos la «tenida del día», con gorra y sin barba y habrá repique de campana anunciando la hora).

El marino que me recibió era el cabo “chispa» Beltrán (por su especialidad electricista), que con un dejo de sonrisa asintió a mis comentarios.

Ya en la mar, con el balance de la barcaza y el sacudir de la cola de una vaca, con la bosta que me cayó en la gorra, ¡comprendí su sonrisa y la función que tenía el jersey de lana y la coipa, además de abrigo.

A medida que transcurrían los días en mi barcaza, fui tomando conciencia de ¡la aventura marinera que emprendía!

EMBARQUE EN LA BARCAZA LCU “DÍAZ”: AVENTURA MARINERA

Estoy de segundo comandante (ejem...) de la barcaza LCU “Díaz” con Estación en la región de Navarino, en Puerto Williams, ¡y ya puedo palpar las primeras satisfacciones que brinda esta querida profesión del mar!

Son dieciocho tripulantes. Dieciocho marinos que me entregó la Armada para formar con ellos su tripulación. Como oficial, a pesar de mi falta de experiencia (no tengo ninguna...), por primera vez siento, en carne viva, el significado del término “Responsabilidad del Mando”.

Como segundo comandante, a cargo del personal, a ellos me he dedicado con pasión y esmero, ¡y qué impagable es sentir el reconocimiento reflejado en la actitud entusiasta y de apoyo del personal, cuando en las tareas duras y jornadas que demandan sacrificios, y que requieren del trabajo de equipo, podemos decir misión cumplida!

Con el teniente 2° Gonzalo Huidobro (soltero), de carácter jovial e inquieto como comandante, conformamos el MANDO. Era su última comisión. Lo reemplazará el teniente 2° Patricio Romero (casado, con familia, de Puerto Williams).

VIDA COTIDIANA EN LA LCU “DÍAZ”

El régimen de a bordo (actividades diarias) ocurre por bandas (costados), conectados por una cubierta central. En la banda de estribor se concentran las actividades de gobierno y control, donde se ubica el «Puente de Mando» (una caseta con ventanilla como mirador), gabinete de radio y mástil para señales, bandera y campana de bronce, además de una ametralladora, que hace su distinción.

También en esta banda existe un «Camarote» (dormitorio y comedor), con dos literas, lugar de la vida de cámara de los oficiales.

En la litera de arriba, que es abatible casi pegada al techo, en un enjambre de cables y tuberías, vive (duerme) el menos antiguo (yo). En la litera de abajo, está el espacio del comandante, con cortinas corredizas que le dan privacidad y dejan espacio para una repisa que hace de librero y de base para fotografías.

El inventario registra: seis cajoneras (para cartas de navegación); un ropero y caja de seguridad; un escritorio metálico con cubierta pintada de verde; dos sillas, una con butaca (para el comandante), y la otra, sin (la mía).

Como cámara para su habitabilidad, el camarote, además de su escritorio-mesa, cuenta con una claraboya (lumbrera) que, como «ojo de buey», atrae luz a través de un grueso cristal, y es, además, «vaho de olores» cuando hace de ventanilla para el exterior y de visor para ojos curiosos de animales que se asoman mirando al interior.

Es en la cubierta central, a través de sus compuertas en rampa plegable (cual vientre que se abre y se cierra), como foco de actividad en faenas de carga y descarga, donde se concentran las actividades principales del buque.

En su cubierta (plataforma de acero oxidada) resaltan dos huellas de orugas incrustadas, cuyas barras dan firmeza y arrastre a ruedas gigantes de vehículos que embarcan y desembarcan. Como ruta, las orugas encauzan la chalupa del buque (bote a remo de doble bancada). También hacen de topes que dan firmeza y estabilidad a patas resbaladizas y tambaleantes de animales que azuzados por ladridos y gritos de arreos transitan asustadizos y errantes.

Por la banda de babor, una chimenea humeante entremezcla ruidos de motores y olores que emanan de paños, cocinas y entrepuentes.

Planchas de cocina que saltan llevando el ritmo en danza macabra, con golpes bruscos de las olas que, en cada cabeceo, al hundir la proa chata de la barcaza, en su reventar, sacuden el buque.

Ollas grandes con barandas de aluminio que salpican el caldo, acompañan el ritmo que cimbra el casco.

El ulular del viento, las actividades y eventos que registra la bitácora de una navegación, con sus situaciones de riesgo, de espera y contemplación, hacen una trama aventurera.

Esta banda, como entramado social, conlleva un ambiente de cámara y habitabilidad que envuelve a tripulantes y pasajeros, transeúntes en el mismo destino que conforma la aventura de una comisión.

PRIMER ZARPE: NAVEGANDO POR ESTRELLAS

La barcaza que, desde luego, carece de radar; tampoco tiene repetidor del girocompás en el puente, por lo que las demarcaciones solo son hechas con la alidada del compás magnético.

Las guardias de navegación en la mar, además de solitarias, ya no son por cuartos de cuatro horas. Ahora son de ocho horas (a dos guardias). El comandante toma su turno de madrugada a partir de las dos de la mañana y a mí me toca la guardia nocturna a partir de las 20:00 horas. Ocho horas de guardia que se hacen eternas, cuando con borrascas y mal tiempo se «huele a peligro», y que transcurren volando cuando en comunión con la naturaleza, alimentan el espíritu y se piensa con el alma.

A solas en mis guardias nocturnas, extasiado por la belleza, a veces preguntaba para mis adentros: si en la tierra hay estaciones, ¿habrá primavera en el mar?

¡Sí, la hay, y maravillosa! Con danzas de toninas, peces y noctilucas que, en aguas quietas y noches de luna, encienden la estela del buque, y en borrascas, con rociones de olas que revientan en el puente, se deslizan fosforescentes como “lágrimas de mar”, que reflejan mi rostro cual espejo del alma.

SUPERANDO EL MIEDO Y LA RESPONSABILIDAD DEL MANDO

Ante tanta responsabilidad para llevar a puerto seguro el buque, ya no siento un cosquilleo en el estómago, sino que ahora tengo un nudo tan grande como el que sentía en la Escuela Naval, cuando en clases de natación debía superar el miedo esperando mi turno para rendir examen con el “salto de espalda a la piscina”, desde el trampolín más alto. Sobreponiendo mi miedo y repitiendo como mantra para no “arrugar” (arrepentirse) la letanía que el profe de natación y campeón sudamericano de salto alto nos hacía recitar:

—¡Cabeza en alto, brazos extendidos, manos abiertas, mirándose las palmas, dedos estirados, ojos abiertos! ¡Salto de espaldas!

La sensación de un salto al vacío, superando el miedo que trae consigo el riesgo con la decisión asumida y el regocijo de haberlo logrado y que en la Marina comienza con la subida por alto y la pasada por la cofa en el buque escuela, como el primer eslabón de una larga cadena en el ejercicio del mando.

Ya en el puente, para asegurar que el compás magnético

estuviera compensado (misma lectura), sigo el procedimiento de «chequeo» de rumbo con el timonel, comparando con el de gobierno, al 120°, que era mi rumbo a seguir.

—Timonel, deme un “Así a Rumbo”, digo por el tubo portavoz.

—¡Así, así, al 270°!— escucho desorbitado el rumbo de gobierno ¡que no tenía nada que ver con el mío!

El teniente Huidobro, a mi lado, al notar mi desconcierto, con una sonrisa de marino navegado, me tranquiliza diciendo: el girocompás está al lado del gabinete de la radio y se induce cada vez que se transmite, como ahora, que estamos recibiendo mensajes. Por eso, me dice paternalmente, siempre es seguro en la oscuridad gobernar con proa a las estrellas de primera magnitud, y orientarse con el perfil de los cerros y siluetas de sus cumbres. Y anticipar los peligros estudiando las cartas, canales y pasos peligrosos.

Más adelante, entrando en la zona de los canales, la carta de navegación con el símbolo de «boya encendida», señala el peligro en la zona de bajos y roqueríos a la que habrá que pegarse para entrar al canalizo llamado Paso de los Timbales. Manteniendo el rumbo por una milla, dejando la boya por babor, se deberá caer a estribor para quedar enfilado a medio canal entre las Islas Burnt y Bruce, portal de entrada al canal Ballenero que conduce a Puerto Williams.

MARINO NAVEGADO CON LA QUILLA PASTOSA

Ya expertos en los canales fueguinos (con la quilla pastosa, por el musgo que de tanto navegar crece pegado al casco), los marinos que llevan años en la zona miran con desdén a los que desconocen la región. Mi personal desconocía mi historia de bagual natalino y, como segundo, de a poco me fui dando a conocer como un «magallánico regional».

DESTRABANDO VACAS POR SU COLA

Cuando niño era amigo de los pescadores, y con ellos me embarcaba en los botes y cúteres en las vacaciones. Todos los veranos vivía mi mundo mágico en la estancia “María Sofía”, de los Morrinson, acompañando a los ovejeros y arrieros por los turbales (tierra esponjosa y saturada de agua), unidos por largos puentes de rajones de leña que llaman «planchones.»

Aprendí mirando que cuando un animal (vaca) se resbala y se abre de patas, la única forma de pararla es enrollando su cola y tirarla fuerte: el dolor las pone de pie.

Un día de rutina, en la maniobra de embarque, al salir a cubierta, vi una vaca tendida con sus patas abiertas y a varios marinos tratando de parar al pobre animal con remos y patadas. —¡Alto!— dije con voz de mando, y tomé la cola del animal, le di el máximo de vueltas, (me encomendé a «don Jecho») y tiré con todas mis fuerzas. ¡El animal, de un salto se puso de pie! Percibiendo las miradas de sorpresa de mi personal, que me observaban incrédulos, ordené al contraмаestre: —¡Continuar la maniobra!

LAS VACAS SE VAN A PIQUE POR LA POPA

Con el contraмаestre Méndez, marino regional curtido en la zona, desde el puente observábamos la maniobra de «arreo y embarque de animales».

Contabilizando el embarque de treinta y dos vacas, vimos que la vaca guía, en vez de ingresar a la barcaza, siguió de largo y se metió nadando mar adentro, seguida de su séquito.

Muy preocupado, de un salto, mi “contra” se sube al serení (pequeño bote a remos) y me alerta: —¡se le van a ahogar las vacas, mi teniente!

Sorprendido e incrédulo porque veía que nadaban bien, me embarqué en el serení y lo ayudé con un “bichero”, vara larga que, en su extremo, tiene un gancho de bronce, con el cual les pegábamos en la cabeza para que se devolvieran a la playa.

Esta fue mi primera lección de náutica asociada a las vacas: cuando entran al agua, no tienen “chapaleta” de cierre, relajan esfínter, ¡haciendo (embarcando) agua por la popa, se inundan y se van a pique! ¡Literalmente, se ahogan por el traste!

INAUGURACIÓN DE LA CÁMARA DE LA LCU “DÍAZ”

Como track de rutina para el zarpe de la barcaza, en Punta Arenas, la pasada por COFRIMA (supermercado de abarrotes y licores), que estaba a la entrada del muelle, era la última

oportunidad de vitrineo y compras para llevar encargos y provisiones a Puerto Williams, siempre escuálidos de mercaderías y bastimentos.

Curioseando, encontré un tarro gigante que tenía estampada la imagen de un apetitoso pollo asado. La lectura era en sueco, al parecer, y llevaba también estampado, en un recuadro más pequeño, un queque. No me extraña —me dije—, estos gringos son agrícolos, y lo encontré novedoso y apetitoso para inaugurar mi cámara con una cena oficial que ofrecería a mis “carretas” también aislados en la zona.

INAUGURACIÓN DE LA CÁMARA DE OFICIALES DE LA LCU “DÍAZ”

Entusiasta como siempre, el cabo (Rt) (radiotelegrafista) Maldonado me redactó un programa de invitación que hice llegar por mensaje y que sería puesta en tarjeta para la Cena Oficial de Inauguración de la Cámara de la LCU “Díaz”.

Menú: Coctel de erizos, canapés de centolla y plato de fondo: asado de pollo gratinado en su salsa.

Comité de recepción en el muelle: el cabo Beltrán con tenida del día, polainas blancas, gorro y pito mariner.

Mi sargento cocinero (el “Cookie”), con delantal blanco y gorro de cocinero, y el mayordomo, cabo Gallardo (el “Mayor”), harían de guía para esperar a mis invitados.

INVITADOS: Carretas CA 65

El chico Crovetto (escampavía “Fuentealba”), ocuparía la litera alta (la mía), y el negro Zuluaga, (buque cuartel “Covadonga”) con su guitarra, y los restantes, el Teca Díaz (remolcador de alta mar “Colo-Colo”), y el flaco Sanguinetti (barcaza “Morel”), en la litera de abajo con las dos sillas, tienen su acomodo, quedando espacio para transitar en el pasillo que deja el escritorio que, con mantel largo para el evento, hace de mesa.

Todo bien, esperando la cena, con anécdotas y canturreando, cuando aparece el cocinero con su gorro desinflado y cara asustada trayendo en bandeja el tarro de pollo con un cuchillo enterrado. —Mi teniente: ¡su pollo no es nada pollo... mire, es manteca! Y enterraba el cuchillo hurgando en la pasta blanca...

¡Me guardo las tallas y comentarios de mis comensales, por el menú fracasado de un pollo que mutó en un bistec descongelado y frito en manteca!

EL ZARPE AL ESTE PARA LLEGAR AL OESTE EN LOS CANALES FUEGUINOS

Como estaba previsto, de amanecida, zarpamos rumbo al este, con víveres, balones de gas y carbón, en comisión de reaprovisionamiento de PVS (Puestos de Vigías y Soberanía), sigla cargada de sensaciones que conllevan planificación, cartas, meteos y faenas de alistamiento, con mucho café, mensajes y reuniones.

En la jerga bagual (regional), le llamamos “La vuelta al mundo en chico», por la posibilidad de acortar la travesía

de la comisión (con suerte), al rodear la isla Navarino por el Cabo de Hornos con buen tiempo, o alargarla en tres días por el brazo NE del Beagle. Consideración no menor, si se tiene en cuenta que la barcaza, en su tarea principal de soberanía en la región austral, contempla brindar apoyo a los colonos y “transporte de carga viva” (animales, vacas y corderos), donde el agua y el forraje diario son cruciales.

ZARPE NOCTURNO

La barcaza zarpó a medianoche en otra de las tantas comisiones de apoyo y aprovisionamiento. «Punta gusanos», con el destello de su faro por babor a la salida de puerto, nos da la demarcación para el punto de caída a estribor, rumbo al este.

Dejamos atrás las luces del puerto y el eco de sus motores que retumba en la oscuridad, acompañados de ladridos lejanos, mientras la barcaza se adentraba en la neblina de lo incierto, en el silencio de la noche del Canal Beagle.

MAL TIEMPO

—Viene mal tiempo, mi teniente, me anticipa el cabo Maldonado al mostrarme la tabla de mensajes.

El registro del anemómetro (instrumento que mide la fuerza del viento) lo confirma con el rolar del viento y la lectura de sus fuertes rachas en un frente de baja presión. Las olas golpean con violencia la proa chata de la barcaza que se cimbra. Incertidumbre y sensación de inseguridad mezcladas con conjeturas y pensamientos.

CAPEANDO UN TEMPORAL

De madrugada, el mar encabritado con sus rompientes sacude las planchas de la barcaza, y la ventisca de aguanieve con sus relámpagos de luz nos golpea peligrosamente impidiéndonos avanzar. Apegados a la costa para capear el temporal, viramos en redondo y navegamos a tientas buscando un refugio. Al virar en redondo para «correr el temporal», por encanto cesa el rugido del viento que venía de barlovento (por donde azota el viento) y que, como latigazos helados, golpeaba de frente. Ahora, corriendo el temporal, como saeta se transforma en un manto de energía que, en suave brisa de sotavento (por donde se va el viento), imprime velocidad a la barcaza, silenciando los golpes y fuertes cabeceos que frenaban su avance. Navegando empopados con marejada de fondo y grandes olas, que no revientan, cual galopar en un alazán, da la sensación de ir bajando por un tobogán.

La entrada de agua, de olas por alcance sin reventar y el chisporroteo de la lluvia que, como hervidero, se embarcan por la popa, con silencio expectante que empuja el buque, atemoriza y desconcierta a los animales.

En la oscuridad de la borrasca se vislumbra un claro de calma y remanso, que como Portal del Paraíso ofrece cobijo. Es una bahía en las faldas de unas montañas. La carta nos sitúa en caleta “2 de mayo” de la bahía Yendegaia. ¡Estábamos a resguardo!

Siete casitas blancas que parecían recién pintadas por la nieve daban tranquilidad y refugio. ¡Estábamos fondeados! (anclados). Aquí la naturaleza parece un cuadro arrancado de la imaginación del mejor pintor, puesto al sur del mundo para su contemplación.

Al frente, cuando amaine el temporal, cruzando el Beagle en la isla Hoste de Puerto Navarino, nos espera un colono solitario «haciendo Patria» con su bandera chilena. Es el Gringo Peter Hill, que se resiste a volver al continente. Cultiva rosas en su jardín y mantiene intacto el dormitorio con los recuerdos de su mujer, «tal cual lo dejó el día que falleció» y que le da fuerza y sentido a su vida como colono.

SINFONÍA DEL AMANECER

Pasamos la noche en Yamana y a las 07:30, ya con luz, mientras poníamos proa a la Isla del Diablo, que divide el canal Beagle, para tomar el brazo noreste, en silencios hablados asistimos a una «comunidad con la naturaleza». Después de la ventisca de nieve, ahora aclaraba y como con un cambio de telón se nos mostraba un deslumbrante escenario de la naturaleza.

- La blancura ahora azulina bajo el cielo límpido de aquella mañana de invierno, con un sol que no calienta, nos muestra un cielo increíblemente diáfano que da la impresión de ser el más puro y limpio.
- ¡Tan cristalino y claro! En el anochecer nos acerca a las estrellas y en el amanecer nos invita, como en el «Principito con su luna», a tocar las estrellas...

Los cerros verdes, en sus cumbres, se veían encanecidos, ahora de un blanco teñido con rayos de luces, en danza de colores: violeta, rojo, naranja, amarillo, celeste, que anunciaban su amanecida. La sinfonía del amanecer fueguino, en sus silencios hablados con la naturaleza deslumbrante, invita a su comunión y a escudriñar el horizonte.

ESCUDEÑANDO EL HORIZONTE. BITÁCORA DE MAR (SINFONÍA DEL AMANECER).

Al caer hacia el este del Beagle bordeando la costa, descubro, con los prismáticos, en una pequeña loma, la mirada curiosa y esquiva de un guanaco que pastaba en los claros que la nieve había respetado. El resto de la manada se encuentra más al este. Habitan en las cumbres de los bosques, pero empujados por el hambre llegan a la costa. Caigo con el buque acercándome a la costa, y temerosos, se refugian entre los árboles. Hermosos animales que hasta ahora solo había observado en el zoológico.

ZONA DE VENTISQUEROS

Al navegar por el brazo noreste del Canal Beagle, nos adentramos en la zona de los ventisqueros.

Majestuosas moles de hielo, de grandes estruendos y nieves eternas erigidas como altar de los cielos.

Catedrales de hielo, sus cascadas de agua en arcoíris de lluvia con avalanchas de nieve y estampidas de hielo, son jirones de viento en oración y silencio que profanan el tiempo. Nieves eternas que, en silencio místico, sobrecogen al navegante y sorprenden al viajero.

Bordeando la costa, en el track de navegación que señala la carta, asistido por la danza de toninas que juguetonas cruzan la proa de la barcaza, con el trinar de bandurrias en desfile primaveral por la banda de estribor, asoman los ventisqueros Holanda, Italia y Alemania, y parece que el navegante explorador que los iba registrando, sorprendido por la deslumbrante majestuosidad de la naturaleza, se detuvo contemplando su instante.

CONTEMPLANDO CON EL ALMA

Acantilados de hielo en caprichosas formas que, desde las alturas, se desprenden como campanarios de catedrales vivientes y resuenan en coro de estampidas de hielo y de nieve en moles gigantes.

Como arpa celestial en su acomodo, rugientes, se deslizan, resuenan sus notas y, en anillos vibrantes, se expanden en ondas azules, y así como los astros en el cielo, titilan y quiebran el espejo de agua con moles que, a la deriva, se mecen errantes.

Me pregunto, ¿será por tanta belleza que al ventisquero más grande lo bautizaron Romanche?

ATARDECER EN ISLA LENNOX

AMOR...

Nació de una madre.

Nació del padre.

Se anidó en el niño...

Una hojita que vuela

cayó del árbol

y en su caída florece...

Verde suave, verde vida

que en su baile se mece.

Primavera de ensueños,

hoy el tiempo te besa

y junto al leño en el bosque

una hoja y su musgo florecen.

SINTIÉNDOME MARINO

Con viento NW aumentando estamos fondeados frente a la isla Ormeño. Recalamos a las 09:15 al PVS Picton, en el mismo momento que rolaba el viento en aumento.

Se desembarcaron treinta sacos a granel por lo que hubo que apurar la faena.

Zarpamos al PVS Banner, que está en la misma isla Picton, pero con vista al Beagle.

Aquí hay una ensenada protegida por un islote llamado Gardiner. Este lugar es tal vez el más pintoresco por su rada abrigada y por ser el único que tiene dos casas donde vive el personal con su familia.

Zona agreste y de sacrificios que a los navegantes nos recuerda que, en esta ensenada e islote, murieron de hambre, sin pólvora ni alimentos, atacados por los indígenas, el predicador Allen Gardiner y sus pastores evangélicos, cuando una tormenta los arrojó en esta playa.

Aquí se bajaron ochenta sacos y se embarcó el menaje de casa, bajo la celosa supervisión de la señora Luz, mujer del farero, el cabo Gallardo y sus dos niñas, que el contraemaestre Méndez tendrá que acomodar como pasajeros en tránsito en los entrepuentes.

REFLEXIÓN

Todo puzle en el armado de sus piezas cobra sentido cuando enmarcado en su historia, orillando entornos, nos abrimos al mundo mágico de los recuerdos que en sus sentimientos reverberan y que llamamos vida.

Silencios hablados... dibujando los pensamientos para pintar las poesías con la música del alma, inspirados por el arte de la creación.

LÁGRIMAS DE LLUVIA...

Rocíos de lluvia
que bañan las hojas
al caer de un otoño.
Mariposas de ensueño
cogidas al vuelo
que en su baile se mecen
con renuncios y penas.
¡Son tantas las formas
que un sentimiento desliza!
¡Tantos sus cauces y
tan poca su calma!
que un suspiro ya es brisa
y el silencio en su eco
es ausencia en el tiempo
que se ahoga en el viento
y se agranda ...

ATARDECER EN BANNER

OBSESIÓN

Puerto Williams, 27 de junio de 1967

(Fondeados en Banner, a la espera de buen tiempo).
Bitácora de un marino

OBSESIÓN... Sí, tal vez ese sería el título de un libro que, bajo mi obsesión, quisiera escribir...

El ser humano ¿es egoísta por naturaleza?, ¿es rebeldía natural (sin omitir mi propio egoísmo) el querer escribir, no una novelita de amor, sino el dejar estampado parte de lo propio?

El más ignoto ejemplar humano, ¿acaso no se sintió alguna vez predestinado para algo especial?

Sin duda, y tampoco dudaría de su frustrada obsesión de sentir las paredes de su espíritu presionadas por una fuerza creadora, que quisiera agrietarlas interiormente para que, por fin, al romper esa costra que la retiene, pueda fluir encauzada en nuestras propias inquietudes.

Propias, sí, pero tan enmarañadas.

Como locas en su expansión...

Lo prueban las mil hojas escritas sin terminar, mil temas insinuados sin perfilar, mil pensamientos, palabras borradas y vueltas a reescribir.

Pero, y el tema ¿es el mismo? Por supuesto que no: ora se trata del mar, la gente, la naturaleza, una aventura.

¿Pero el fondo? ¿Cuál es su fondo? ¡Solo es vida! Palpable, sí, pero no cristalizable en mis líneas...

En resumen, es un círculo vicioso circuido por la vida, mi vida, en cuya área se encierra una materia bullente que presiona con la misma energía creadora de la inspiración y quema por la amargura de la impotencia de no poder expresarla.

ANSIAS...

¿El día? no importa... Sentado en mi abismo,
busco el cauce que horada el tiempo.
No sé, le llaman vida, y mientras divago,
el vacío cae en mi pluma andante,
a la par que el silencio, y mi intento raya
en vano
una esperanza idiota que mastica enojos.
¡Y, sin embargo, pienso! ¿Inspirado?
La sonrisa hueca borra sus formas mientras
se pierde
en el eco de un sentimiento errante.
Allá abajo, en la quebrada del tiempo,
los días pasan y me creen loco porque
pienso.
Aquí arriba, los veo... como animales pasan
y cuento sus patas. ¡Heey! ¿Por qué corren?...
Si un hoyo hay en el camino,
¿también lo es en el destino?
Son tantas la formas que matizan el alma,
que una quebrada desvanece el rostro y
mientras suspiro,
en el amanecer de un silencio, un
pensamiento errante
llega con el sabor de lo incierto.
Lejos, en la quebrada del tiempo, los días
pasan
con sus paredes húmedas bañadas de
viento.
En sus intersticios vaciantes, con el ulular
del viento,
el rugir de las olas con sus rompientes

de sal y de lluvia, en claros de luna, danzan
bullentes.

Un recuerdo, entonces, un sentimiento vago
en su vacío

lubrica el alma, que en cada poro se siente
ardiente.

¡Vamos viajero andante!

Detén el tiempo en tus manos, cierra el
puño y alza el brazo

que lo que haces hoy, mañana queda.

¡Cuántas veces las inquietudes dormidas
punzan su sino!

Unas de enquisté, otras de vida...

¡Vamos, tú puedes!

¡Rompe esa costra, deja que fluya tu vida!

La vida es como el barro, se escurre entre
tus dedos,

¡Retenla, eso es vida!

¡Que lo que haces hoy, mañana queda!

La felicidad es como el viento, viene, llega
y se va.

Cual volantín remontas en cada instante...

¡Corre! Tira de su hebra... desbaratando
encajes

Llegarás hasta el hilo.

La vida es el viaje de retorno de un sueño...

Isla Quiriquina, Escuela de Grumetes. (15-
09-1970).

(Cumpleaños 27)

AMANECIENDO CON LUZ DE AURORA

Mañana, de amanecida, el buque zarpará al este en reabastecimiento de faros y, nuevamente, se refleja el cielo en el espejo de agua que enciende burbujas apretujadas por la quilla plana de la barcaza, que, en su cabeceo, con el reventar de las olas, prenden luciérnagas con luz de aurora.

Como la chispa a su luz, en cada instante renacerá la vida en el surco que dibuja su estela bullente.

En fin, queda la duda o la gran alegría de saber si nuestra profesión, el ser marino, alimenta el espíritu, con tantos zarpes y recaladas, renuncios y despedidas, navegaciones solitarias pero llenas de vida, paradoja viviente que va de la mano con sus inquietudes de vida y condiciones cambiantes.

Cambiantes, sí, pero con la misma obsesión de trascendencia, sin saber si se mitigan o la alimentan...

«LO QUE EL VIENTO ME DEJÓ»

Epílogo de la «Bitácora de vida de un marino»

En su hogar, 1 de diciembre de 2022

EPÍLOGO

Cincuenta y cinco años después, a los 79 años, rodeado de mis amores y habiendo realizado una vida plena y cumplidas todas mis aspiraciones y sueños, como abuelo chocho y aventurero de corazón, colgado de la sombra de mis seis nietos, y en red de sentimientos con las generaciones de marinos, que, en su momento histórico, con sus valores y tradiciones, conforman la marina de Chile.

¡Tengo la infinita alegría de confirmar que la identidad del ser marino, como fuente primaria de vocación que alimenta mi espíritu en el alma de sus valores, da sentido de trascendencia a la vida!

LO QUE EL VIENTO ME DEJÓ...

Zarparás entonces
hacia el mar de los anhelos,
hinchidas las velas
por brisas del recuerdo.

Y al hundir tu proa
en mil olas del pasado,
mil gotas de una vida
caerán con el rocío
para bañar las otrora
ansiedades juveniles.

Y con cantos de ilusiones
que entonan compañeros,
tripulantes todos ellos
de tan fantástico velero,
volverás en sentimientos
como antaño en batallones.

Y unidas como siempre
en el alcázar de tus sueños
las anclas con su estrella
fondeará en los corazones.



>> Figura 1: Banda de estribor: sector de gobierno y habitabilidad de oficiales (nótese la claraboya en ojo de buey que da luz y olores bajo el puente). Fuente: elaboración propia

>> Figura 2: Vigila la maniobra el perro «Brecknock», ayudante y de dotación del buque.
El reventar de las olas hace cimbrar la barcaza y saltan las planchas de la cocina.



>> Figura 3: Cubierta Central que une las bandas de la barcaza con rampa abatible y huellas de orugas para la carga.



>> Figura 4: Subtenientes Cabeza de Ratón en Puerto Williams.

>> Figura 5: Subtenientes Cola de León en Crucero Prat. "Machine" Román, "Chalala" Schlack, "Pililo" Orrego.

>> Figura 6: El colono Peter Hill cultiva rosas y mantiene el dormitorio como lo tenía su señora el día que falleció, y le da sentido a su vida haciendo patria en Navarino. Lo visitan el comandante de la LCU "DÍAZ", teniente Huidobro, y el logístico de las torpederas, teniente Abel Osorio.